Año 1 Buenos Aires, 15 de Mayo de 1917 Núm. 4

ALBORADA



SUMARIO

ALBORADA

Revista de ciencias, sociología, literatura y arte

Directora: Mercedes Gauna - Administrador: B. Pereira

AÑO I BUENOS AIRES 15 DE MAYO DE 1917 N.º 4

El congreso de la paz

Para «Alborada».

La política tiene también sus horizontes y sus altas ideas, como si fuera una ciencia que esperara la sucesión de los días, para llegar a la conformación exacta de un resultado o de un hecho. Tiene sus puntos luminosos de atracción, como si fuera la imagen de un arte que pugnara por establecerse en el lienzo de una realidad. Solo que la ciencia política es un tejido de errores que hacen historia de dolor, así como su arte es un arte de gobierno que hace tiranía.

¿Qué quiere decir ciencia política? Quiere decir ciencia de gobierno, de desaciertos ruinosos y criminosos. Y es que toda ciencia que practica sus investigaciones y deducciones en la carne viva de la humanidad, es una ciencia de crímenes.

Los estadistas, pues, tienen ese oficio científico. Su sabiduría es la de prender a una idea de gobierno a las miles de almas que forman la nación y sobre las que se levantan las gradas del Estado. Es por esto que el Estado es la encarnación activa de un arte de mal, que prepara y ejecuta, proyecta y hace.

La política de los Estados de ahora, tiene un proyecto irreductible, al que liga todas sus esperanzas de porvenir. Ha vislumbrado un horizonte, al lado allá de todos sus desaciertos: El Congreso de la Paz. Y por llegar hasta él, por tocar a sus puertas y por sentarse en uno de sus sillones, capaces son los Estados de imponerse los más crueles sacrificios, capaces son de poner a sus pueblos en huestes de guerra.

¿Cuál es el grito político que sale por la boca de los estadistas, que vocea su presa y sus caudillos asalariados? Es un grito de guerra, es decir, un grito de crimen... Y ese grito que su ciencia determina y que afirma sabiamente sobre términos de humanidad, es porque quieren que la humanidad sea después de la guerra. La paradoja está perfectamente abrillantada, como para que la guerra sea. Y la guerra será, no os quepa duda.

El Congreso de la Paz es el único horizonte de la gran política que viene elaborándose en todos los gabinetes neutrales del mundo. La guerra no puede concluir sin que esa política tenga el honor de participar con los pueblos que gobierna, de sus campos ensangrentados. Es necesario que la espada se tiña de rojo, para que nuevamente brille la justicia. Y para que así sea prepáranse para la guerra las pocas naciones que aun quedan quietas en Europa y casi todas las naciones de América.

Pues que, ¿es deseable que los Estados Unidos se queden sin un asiento en el palacio donde la política de la paz ha de tener su sanción y que con ellos no lo tengan todas las naciones del continente? Los Estados Unidos deben tenerlo. Después de cerca de tres años de guerra en que sus arcas se han atestado de oro, producto del comercio bélico realizado con las naciones en contienda, lógico es que su voto figure en los considerandos del nuevo derecho y en las cláusulas de las nuevas convenciones, con tanto más motivo, cuanto que el dios de las armas parece haber inclinado la suerte del triunfo de parte de uno de los beligerantes. Después de mercader más o menos disimulado, no queda mal hacerse hombre

amante de lo justo o nación de política leal y caballeresca.

Con semejante papel de política perfecta, los Estados Unidos están haciendo de campeones del derecho y van congregando a su alrededor las demás naciones americanas, para que su voz sea más metálica y suene con más prestigio en el templo de las consagraciones políticas futuras.

Pero si en los Estados Unidos hubiera un pueblo viril capaz de comprender el espíritu criminoso de esa política que exhorta por medio de arengas vibrantes de patriotismo, ese pueblo pondría las cosas en el lugar histórico que les corresponde y hubiérase negado a ser el trabajador de un comercio funesto que ha venido implicando la muerte de quién sabe cuántos seres humanos. Y si aquí, si en estas otras naciones de estadistas imitadores y simuladores, hubiera también ese pueblo humano y viril, empezaría a gritar que la guerra no se concluye con la guerra; que la guerra puede y hubiera podido concluirse por la voluntad unánime de todos los pueblos en paz.

La Germania soberbia y ansiosa de dominios universales, bien podría haber sido derrotada, bien pudiera serlo con la sola amenaza de negarle toda clase de relaciones morales y materiales. ¿Hay, acaso, alguna nación política en el mundo que pueda vivir sin el contacto, sin la reciprocidad vital de todas las demás? Porque quiere más contacto y más dominio es que la Germania está haciendo la guerra, guerra que por una poderosa fuerza moral, tal vez hubiera durado muy poco y no el tiempo que lleva. Pero ni hay un pueblo capaz de comprender la fuerza imperiosa que tienen los valores morales, cuando se concentran en un punto de necesidad dada para consagrarse a un objetivo único, ni hay estadistas que no formulen, hasta cuando aparecen más rectos y más justos, una política de guerra.

Las naciones americanas quieren estar presentes en el Congreso de la Paz y ser coautoras de la nueva convención año futuro. Aspiran a ver cómo se dan las manos emperadores y reyes, diplomáticos y hombres de Estado; quieren ver como los odiosos enemigos se reconcilian, cuál es su primera mirada y si suenan con firmeza las palabras que relaten los millones de muertos que cada uno ha dejado en los campos de batalla.

Es un gusto que el arte político tiene la cualidad de transformar en un derecho. Es un derecho de ciencia política por el que estas naciones están dispuestas a entrar en la guerra, después de haber hecho de la guerra una cuestión de simpatías.

Ah, las simpatías de las naciones americanas, es la viva encarnación del fenómeno mismo que quieren destruir, de ese fenómeno que hace de los ejércitos armados símbolos de verdad y de justicia y a los que celebran y cantan los poetas que se entusiasman con todos los ruidos y los filósofos que sólo ven de la verdad una de sus partes, la que deja de ser verdad para convertirse en barbarie y en crimen.

José TORRALVO.

San Genaro, abril 29 de 1917.

Mi visión de la guerra

Para «Alborada».

Mi visión de la guerra, la visión que en vano yo he querido muchas veces trasladar a la palabra escrita, podría compararse a un tríptico, es decir a una de aquellas composiciones pictóricas que los artistas antiguos desarrollaban en tres cuadros distintos, pero inseparables.

En el primero las figuras y la preparación de los motivos se dispondrían para dar una impresión de negrura y de trágico pesimismo. Es el comienzo caótico, en donde no se alcanza a divisar principio ni fin. Sería, en nuestro caso, el estado de la humanidad en el momento del estallido brutal de la gran guerra, que nos sorprendió, desatendiendo y arrasando nuestras ideas y nuestros sentimientos, envolviéndonos en la más formidable marea de locura que se haya conocido.

En el siguiente una dolorosa inspiración continuaría manteniendo los tonos sombríos, pero ya en medio de la oscuridad del caos primitivo filtraríase una luz, hacia la cual dirigiríase una multitud desgarrada, sangrienta y mordida por todas las angustias. Significa este cuadro, el momento en que entre el desquicio del mundo presentóse una posibilidad de redención o mejor dicho de compensación entre el mal presente y el bien que se aproxima: el momento en que los reyes de oriente perdidos y sin norte devisaron la estrella que desde la inmensidad les señalaba el camino.

En el tercero y último, del cual estarían ausentes los últimos toques, un vivo resplandor de esperanza y de optimismo bañaría la composición en la cual las figuras representando a la humanidad, surgirían de la sombra, tendiéndose hacia la aurora plena, símbolo del incesante renacer, símbolo de la ignota vida y del incomprensible ser del universo. Es el momento presente en que asistimos pasmados de entusiasmo ingenuo al increíble espectáculo de los pueblos que vuelven sobre sus pasos, del error y del pecado y que con insospechado aliento hacen el milagro de cambiar en flores las espinas de la corona que ensangrentaba su frente.

Juan E. CARULLA.

La justicia histórica

Avelino Alarcón

Generalmente los jueces confunden el determinismo con el convencionalismo social, al que ajustan en todo momento su criterio, cada vez que se disponen a dar su veredicto sobre un hecho considerado punible por los códigos y leyes constitutivas del Estado. No es extraño, por lo tanto, que en el caso que comentamos — la condena de 20 años pedida por el fiscal del crimen para Avelino Alarcón — se haya argumentado, empleando el lenguaje jurídico, «que son agravantes las causas determinantes del hecho», o lo que es igual: que el procesado es responsable de la muerte del krumiro López, aún cuando no esté debidamente comprobado que sea él, autor material del «crimen».

La justicia histórica, emanada de ese conjunto de leyes que constituyen los códigos, conceden al individuo la fuerza volitiva suficiente para poder dominar todas sus pasiones; lo consideran con libre albedrío y por lo tanto, responsable de todas sus acciones. El determinismo de la justicia burguesa, no estudia las causas que originan los efectos que pretende corregir, empleando los medios más contumaces; confunde el efecto con la causa, de ahí que llame causas determinantes a los medios empleados para efectuar el «crimen» y agravantes o atenuantes las formas diversas de realizarlo, como si el hecho criminal no fuera siempre el mismo, toda vez que el «crimen» está representado en la lesión y no en el lesionante.

La interpretación histórica del crimen, varió de forma a través de las edades; cada pueblo le dió una interpretación distinta, de acuerdo con su moralidad, pero siempre ajustándola al convencionalismo de la época. Crimen no se consideró el acto de un individuo que atenta contra la vida de otro individuo, contra la paz y el bienestar de una colectividad, de un pueblo; si así se hubiera interpretado, la justicia habría descargado el peso de la ley, brutal e inexorable cuando se trata de los hijos del infortunio, sobre la cabeza de los emperadores, reyes y toda la casta gobernante, que son, precisamente, los más grandes criminales de la historia.

El Estado es la síntesis de todas las aberraciones humanas; la personificación del despotismo elevado a las altas cumbres del poder; la iniquidad social, el robo, la explotación y el vilipendio se cobijan bajo el manto protector del Es-

tado y sus leyes. Y de ese conjunto de aberraciones, de esa amalgama de anacronismos, emana la justicia histórica, la justicia del régimen, que los jueces, instrumentos ciegos de la ley, se encargan de distribuir «equitativamente»: la equidad se mide en razón a la desigualdad económica y social de los individuos.

Ante tales principios constitutivos de lo que llaman «orden social»; ante la organización económica de los regímenes actuales, que fomentan el crimen, teniendo la insensata pretensión de estirparlo por medio de condenas bárbaras e inhumanas, el determinismo científico, que nos explica al hombre como una entidad orgánica sujetas a las influencias del ambiente en que se desarrolla, queda anulado por la «razòn del hombre moral», que considera lógico y natural todo ese cúmulo de incongruencias que tergiversan el verdadero significado de la vida. No cabe, pues, esperar de los erigidos en jueces de los otros otra interpretación diferente de la dada hasta hoy a la justicia del hombre. La justicia, en sus diferentes interpretaciones: «justicia divina» o justicia humana, fué en todos los tiempos injusta y criminal, contraria a los verdaderos derechos del pueblo e incapaz de subsanar los males que azotaron a las humanidades, toda vez que fué ella la que sancionó la infamia y dió razón de ser al despotismo y a la tiranía.

La condena impuesta al obrero panadero Avelino Alarcón, no puede ser más brutal: es la más ignominiosa afrenta que se pueda lanzar a la faz de un pueblo que se llama cultor de la democracia. El espíritu primario, preñado de odio hacia el rebelde que se emancipa del infame tutelaje de los amos, evidencia la mezquindad del troglodita que se oculta bajo la toga de un fiscal del crimen. Porque el ser anarquista no justifica la criminalidad: condenar a un hombre porque profesa ideas «subversivas» acusa la iracundia del ancestral que tiembla ante el avance de las ideas destructoras de las cavernas morales del pasado.

Emilio L. ARANGO.

La Biología micelar y el "Micrococcus Brownianus" de Herrera

por M. M. Alberto y Alejandro Mary
Fundadores del Instituto de Biofísica de Paris

COLABORACION DIRECTA

A nuestro querido e ilustre amigo, Víctor Delfino:

Habiendo observado el profesor Alfonso L. Herrera, en las falsas soluciones coloidales y en particular silícicas, un hormigueo de corpúsculos esferoidales, de forma regular, de I. micrón y menos, estudió estos corpúsculos cuidadosamente, los ha denominado «Micrococcus brownianus», y ha atribuído a su propia vitalidad la causa del movimiento browniano. Frente de la explicación física, actualmente admitida, esta es una explicación biológica (en el sentido antiguo de la palabra), igualmente en contradicción aparente con la explicación biofísica dada en nuestros «Principios de Plasmogenia».

Los caracteres típicos asignados al «Micrococcus brownianus», son los siguientes:

1.o Movimiento browniano característico, muy activo;
2.o Facultad de coloración por los métodos ordinarios;
3.o Presencia de «cilias vibrátiles» más o menos numerosas.
4.o Gran resistencia al calor, lo cual reabre discusiones complejas respecto de las temperaturas de esterilización;

Nos limitaremos a hacer algunas breves indicaciones sobre los tres prime-

ros puntos, debiendo retener el cuarto por más tiempo, nuestra atención.

I.—El movimiento browniano no es necesariamente un signo de la vida orgánica. Es universal en el Universo — hasta en los espacios siderales donde gravitan los astros — y si a este respecto se puede considerar el Cosmos como un «sér vivo» (Kuckuck), fuerza es admitir que un planeta que gira alrededor de su sol, no es de esta forma motíl a la manera de una hormiga o de un pez. Todo lo que puede afirmarse a este respecto, es «la imposibilidad práctica de distinguir los movimientos brownianos de las pseudo-soluciones minerales, de los movimientos de ciertos corpúsculos clasificados en la familia de las bacteriáceas». Así es que pueda darse con tanta verosimilitud una explicación física, biofísica o una biológica del fenómeno observado. «Sin embargo, la marcha de estos movimientos, está en desacuerdo con la explicación física de Perrín y otros».

II.—La facultad de coloración es común, no solamente a los micrococcos y otros «microbios», sino todavía a todos los corpúsculos coloidales, comprendidos los petroblastos (o corpúsculos micelares coloidales de los cristales imperfectos).

Experimentos posteriores del mismo Herrera, han robustecido fuertemente esta propiedad pseudo-histológica de los coloides minerales, la cual no es, por lo demás, sino una manifestación del «poder de adsorción» bien estudiado por los químicos holandeses, alemanes y franceses.

III.—La existencia de las cilias vibrátiles, sería una prueba indiscutible de organización, a lo menos, protistológica, de los corpúsculos brownianos observados. He aquí (carta del 9 de octubre de 1916), como nuestro ilustre correspondiente y amigo, procede para observarlos. Se microfotografían las preparaciones con un débil aumento (80 diámetros). Luego se amplifican a 8.000 diámetros, y se hacen con ellos diapositivos amplificados a 40.000 diámetros, con el cinematógrafo. Se vé entonces, —agrega Herrera, — cilias irregulares, sucias de copos, etc. «Nos limitaremos a hacer observar que tales irregularidades periféricas, no ofrecen desgraciadamente nada de muy convincente. Por lo menos es dudoso que una microfotografía a 80. diámetros, sea impresionada por las cilias imperceptibles de un micrococo cuyo cuerpo no es ni visible, bajo este débil aumento, sino como un punto sin extensión. Por otra parte, los aumentos sucesivos, desproporcionados con la escala del cliché primitivo, provocan necesariamente irregularidades de delimitación de los objetos microfotografiados — irregularidades que se notan, por lo demás, en todos los aumentos, y que no podrían identificarse, pensamos, sin cierta temeridad, con las «cilicias sucias de copos».

IV.—Según el sabio biólogo de México, el «Micrococcus brownianus», resiste a temperaturas muy superiores, a las temperaturas de esterilización admitidas hasta el día.

Cambier, ha demostrado la existencia de bacterias termófilas, que un calor seco a 180.o C. no destruye. Estas bacterias existen en gran número en la tierra de jardín; más, ellas ni sus esporos, se hallan de una manera constante ni menos frecuente en las soluciones salinas.

Según Bréfeld, son necesarias tres horas de ebullición a 100.o C., para matar a todos los gérmenes de «bacillus subtilis», que un líquido contiene. Bastan 5 minutos à 110.o C. Los esporos de las bacterias son mucho más resistentes que las bacterias mismas. Además, todo gérmen resiste mucho mejor al calor seco que al calor húmedo. Ahora bien, Miquel ha obtenido una esterilización absoluta del aire seco a 150.o C.

En los laboratorios se reputan estériles los medios de cultivo calentados en tres diferentes veces, a 100.o C., durante 20 minutos cada vez. Los caldos están esterilizados cuando se les ha calentado a 110.a C., durante 20 minutos. Muchas de las soluciones para inyecciones hipodérmicas solo están sometidas a 120.o C., durante 10 minutos: y aquéllas que son de fácil des-

composición, se consideran como inofensivas después de la acción de una temperatura mucho menor.

La práctica corriente del laboratorio, permite considerar estéril, todo medio húmedo, llevado a 110.o C., durante 20 minutos, o 10 minutos a 120.o C. No se conoce líquido alguno que no sea rigurosamente esterilizado por un sobrecalentamiento en el autoclave a 130.o C., durante 10 minutos. Y se posée la certeza de que la mayor parte de los medios de cultivos, no deben ser sometidos a tal temperatura, la cual, no solo los esteriliza, en el sentido más restringido de la palabra, sino que, perjudica además su integridad físico-química. Así es — y debe recordarse el hecho — que las orinas, los caldos y otros líquidos que contienen fosfatos, no deben ser calentados a más de 110.o C., puesto que, hacia 114.o C., se produce la precipitación de los fosfatos.

Como el movimiento del «Micrococcus brownianus» no es abolido por las temperaturas elevadas, Herrera concluye de esto el descubrimiento de un nuevo hecho bacteriológico insospechado: la resistencia de algunos «monadianos» a 300.o C. y más.

En lo que concierne a la resistencia y a las propiedades generales del «Micrococcus brownianus» (salvo probablemente en lo que respecta a las hipotéticas cilias), las observaciones de Herrera, son exactas. Pero dejan subsistir una cuestión: la del origen de estos corpúsculos.

Aquí puede deslizarse la famosa explicación sacada de los «gérmenes del aire»; está todavía de moda; las pruebas son inútiles.

Si se observa el ácido clorhídrico puro al microscopio, no se encuentra en él ninguno de estos corpúsculos móviles. No se encuentran tampoco en una solución recientemente preparada de silicato de soda en agua frescamente destilada. Mientras que, por el contrario, abundan inmediatamente en la sílice que resulta de la acción recíproca de estos dos líquidos, a tal punto de que son manifiestamente, con el líquido dispersante, uno de los constituyentes del cuerpo nuevo, nacido de la reacción, y en sana lógica, no podrían pasar por otra cosa que por el producto más directo y más característico de la misma reacción: son «Micelas».

Ahora bien, en su importante libro sobre la «Materia viva», Duclaux dice que la sílice coloide es micelar y que, en diversos casos, sus micelas se parecen mucho a las gruesas agrupaciones de la materia organizada, sea desde el punto de vista morfológico, sea desde el catalítico.

En nuestra «Introduction a la Biologie micellaire» (París, 1917., Maloine, editor), en que hemos tratado más a fondo el asunto, y echado las bases de una biología nueva, hemos dicho, nosotros mismos, que consideramos el «Micrococcus», como «Micelas» independientes.

Colocándose desde los más diferentes puntos de vista, los naturalistas establecen una equivalencia entre la micela y la bacteriácea más ínfima, la cual equivalencia sería de inevitable confusión.

Creyendo poder clasificar entre los «Coccus» un corpúsculo micelar silícico constante, Herrera trae una contribución extremadamente fuerte a la teoría micelar de la organización. Es, sin embargo, de temer que los naturalistas y sobre todo los bacteriólogos, no den a la interpretación de su labor, toda la amplitud que comporta — en una época de pasteurismo epidémico, en que se pretende explicar las congelaciones por microbios parásitos (!) y en que Herrera mismo declarando falsas todas las nociones físicas adquiridas sobre los coloides, se rehusa ver otra cosa en un hidrosol, que «una solución verdadera enturbiada por polvos y microbios accidentales!»

La sola resistencia del «Micrococcus brownianus» a temperaturas desacostumbradas, demuestra hasta qué punto la existencia de éste corpúsculo está ligada a la estructura micelar de la sílice coloide. Tsermack y Le Chatelier, han demostrado que la sílice coloide conserva su estructura micelar si se la calienta a 300.o C.. en un tubo de fierro fuertemente cerrado. Conserva también, co-

rrelativamente, sus propiedades catalíticas.

La estructura micelar se encuentra en muchas rocas. Béchamp la habría descubierto en el calcáreo de numerosos corpúsculos que resisten a la calcinación y vuelven nuevamente a manifestar movimientos brownianos, si se les pone en un líquido. Los relacionaba a los «Microzymas» que se encuentran en todas las células, en todos los tejidos, que la muerte del sér dispersa, pero no aniquila, y que son la base misma de toda vida!

Si las micelas minerales resisten a altas temperaturas, no ocurre lo mismo con las células de los caldos de cultivo. de los órganos vegetales o animales. Dentro de ciertos límites, el calor, lejos de turbar los movimientos brownianos, los favorece disminuyendo la viscosidad del dispersante. A partir de un punto definido, variable según la naturaleza particular de cada coloide, el calor elimina el líquido dispersante y así se efectúa el pasage de la faz microheterogénea o dispersada, al estadío macroheterogéneo o de coagulación. Para la sílice, el calor favorece la vitalidad de los corpúsculos dentro de límites muy dilatados. Para los cuerpos organizados en la masa de los cuales las albúminas han llegado a ser cuantitativamente predominantes, el calor, por el contrario, empieza comúnmente a ser desfavorable alrededor de los 50.o C.

¿Cuál es la causa de estas diferencias? Unicamente el grado de hidrofilia de las micelas. ¿Y esta hidrofilia está relacionada a una composición química definida? La respuesta a ésta pregunta, solo puede ser tímida o negativa. Al contrario, sábese que la estabilidad y la resistencia de los coloides, son función de la hidrofilia y que ésta depende de las dimensiones relativas de las micelas, es decir, del grado de polimerización que ellas expresan. Una red de pequeñas micelas, aprisiona y retiene móleculas de agua, con mucha más energía que una agrupación de grandes micelas. Más aún, en un volumen definido de substancia, el número de micelas es grande — o dicho de otro modo—, más pequeñas son éstas — más desarrollada es la superficie de adsorción. Las grandes micelas albuminoides, retienen débilmente su agua de constitución. Y todavía, las albúminas son tanto más estables que las globulinas, cuanto más gruesos son los dispersoides. Al contrario, el agua está fuertemente adherida a las pequeñas y delicadas micelas de los coloides minerales.

En lo que concierne a la sílice, el exámen ultra-microscópico demuestra que las micelas son muy desiguales. Las hay grandes, pero otras escapan casi completamente a la observación. Si se calienta en el auto clave, a 145.o C., durante 5 a 10 minutos, soluciones que contienen sílice muy diluída, y contenidas en tubos de vidrio cerrados a la lámpara, se obtiene en el fondo de los tubos, un leve depósito, debido a la precipitación de gruesas micelas, que pierden entonces su actividad. Pero las más pequeñas, que están situadas, por así decirlo, en los límites mismos de lo invisible, permanecen en suspensión en el líquido, y su asociación progresiva justifica la formación de cuerpos micelares muy curiosos, semejantes a micro organismos naturales, que pueden encontrarse en el seno de tales tubos, después de un reposo que varía entre algunas semanas y varios meses.

Para crearse una idea científica respecto de la génesis de los primeros corpúsculos organizados, es esencialmente pueril volver a la idea, que ha llegado a ser obsesión en nuestros bacteriólogos, del punto termal mortal para las bacterias y otros organismos «micelares». Poco nos importan estas discusiones extrañas y ociosas sobre la mejor manera en que mueren las micelas, si no obstante, se demuestra que la esterilización las mata a todas, y que no sea un simple obstáculo pasagero a la agrupación rápida de las pequeñas micelas muy resistentes que, si se dejaran por mucho tiempo los tubos en observación, se revelarían capaces de asociaciones organizadas elementales.

La primera cuestión interesante para el biólogo filósofo, es la investigación de las condiciones en las cuales se

produce la micela.

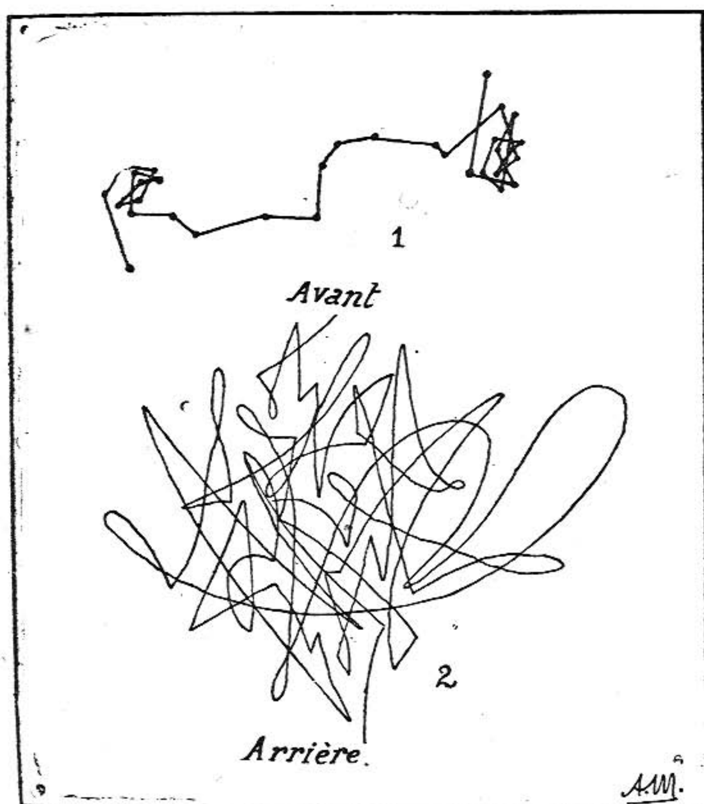
Como el cristal, la micela es hija de reacciones precisas que conviene conocer.

Cuando basta mezclar dos líquidos, separadamente «exentos» de corpúsculos organizados en número apreciable, para que, «desde el mismo instante del contacto, se produzcan a millares», claro es que estas partículas son función del trabajo físico-químico realizado y no de una contaminación de la cual nadie puede aportar la prueba. Pensar entonces en la contaminación, sería tan absurdo como invocar este factor para explicar la formación de un precipitado coloreado, cuando se mezclan dos soluciones apropiadas.

El protoplasma no ha podido provenir de otra cosa que del reino mineral, puesto que, antes de la aparición de los seres organizados los planetas solo están compuestos de minerales sobrecalentados.

Cualquiera que vea nacer el «Micrococcus brownianus», asiste al más incontestable fenómeno de generación primitiva, a la eclosión de este grado inicial de organización que engendra en todas partes el coloide y que surge del reino mineral universal, como el arroyuelo emana de la fuente.

París, 1915-



En favor de la existencia del «Micrococcus brownianus».

Perrin, Houllevigue, etc... comparan los movimientos de las partículas brownianas a los de un navío sacudido por las olas. La comparación de los gráficos de arriba, demuestra la inexactitud de tal explicación. No existe, en efecto, ninguna semejanza de marcha entre la figura 1, que representa el movimiento de un corpúsculo browniano (según Houllevigue), y la figura 2, que representa las oscilaciones de un navío sobre las olas, (según Elíseo Reclús).

HOMBRES Y DIOSES

Para «Alborada».

Los dioses se van, y los hombres también. Sólo que los dioses, entidades abstractas creadas por la calenturienta imaginación primitiva, se van ahuyentados por la Razón, y los hombres, hijos de la vida, desaparecen al soplo helado de la Muerte. En el tiempo y el espacio, como el día y la noche, hombres y dioses son absolutamente iguales, pero también, como el día y la noche, son esencia fundamentalmente distintos. La diferencia, rodeada de penumbras en sus auroras, resalta con claridad astral en sus ocasos. Y es que los dioses, aureolados por la refulgente atmósfera de la divinidad, son como el sol que deslumbra en el meridiano y sólo puede mirarse en su decadencia. Y es por eso que los dioses con sus brillantes mentiras suelen triunfar a menudo de los hombres y de sus humildes verdades. Empero, sus glorias tienen la efímera duración del relámpago. Pronto, cediendo a esa eterna ley de renovación que rige al igual lo humano y lo divino, como peñascos heridos por el rayo, ruedan al inconmensurable abismo de la Nada de donde salieron. Y allí, al contacto de la Muerte, que los despoja de sus atributos hieráticos, se desvanecen como humo todos sus prestigios. Y es entonces que se efectúa esa inversión de valores que parece tener su símbolo en la sentencia bíblica «los primeros serán los últimos», etc., etc., y los hombres se convierten en dioses y los dioses en nada. Porque se diría ser una ley fatal que la caída de los dioses llevara aparejado el encumbramiento de los hombres. A primera vista podría creerse que son la realidad y el misterio de la tumba, quiénes empequeñecen a los unos y agigantan a los otros. Más no es así. El fenómeno radica en que los primeros viven en la fastuosidad de los templos y los segundos en el corazón de la humanidad. Aquéllos son como las hojas que se agitan en el vacío y éstos como el carbono que arde en las entrañas de la tierra. De ahí que, al final, los unos se conviertan en polvo y los otros se transformen en diamantes.

Solo así se explica que los dioses, a pesar de sus grandes victorias, pasen a través de las edades como las nubes por el éter: sin dejar rastros, y los hombres, en cambio, con todas sus derrotas, como los astros, sigan brillando aun después de muertos.

D. J. Firpo GARELLI.

Abril de 1917.

LOS PREJUICIOS

El mundo está lejos todavía de haber alcanzado lo que los hombres suponen la perfectibilidad ideal, consecuencia de la cual sería la harmonía y la felicidad entre los humanos... Antes bien, en todos sus dominios, incúbase permanentemente el fermento del error, de las supersticiones más groseras, sin que las civilizaciones que se han sucedido en la Tierra, en su milenaria existencia, y en lucha casi siempre porfiada y tenaz, hayan logrado vencerlas. Parece, en efecto, que los prejuicios, que son a la razón como la enfermedad al cuerpo, es decir una anormalidad, hubieran adquirido carta de naturaleza y fueran consubstanciales con el hombre. ¡Su remota antigüedad, su inmensa difusión en todos los ámbitos de la Tierra, puesto que en todas partes han ganado conciencias ignorantes y devotas, y voluntades serviles o apocadas; en fin el imperio que ejercen — y con que despótica tiranía!—, hacen de ellos los amos y dominadores del hombre, esclavo siempre y víctima de sus ilusiones, de ese espejismo cerebral que parece generar esa perturbación del pensamiento: que son los prejuicios. Estos no han tardado en imponerse, afirmándose en la conciencia hasta el punto de constituir como una verdadera lacra heredi-

taria, hasta llevar al individuo a hacer de él mismo el objeto de un prejuicio de los más nocivos en la historia del pensamiento y de la vida colectiva: el «Hombre». Es curioso y por todo extremo interesante examinar, aunque rápidamente, la génesis de esta idea. El hombre, en efecto, preocupado como lo ha estado siempre con el misterio de su origen, creyó oportuno explicárselo un día, suponiéndose creado por la misteriosa intervención de un supremo hacedor que hubo de plasmarle como dice la grotesca historia bíblica, a su imagen y semejanza! No podía dejar que se le confundiera impunemente por el capricho de los estudiosos, «él», el Rey de la creación, el súper, con un vulgar animal, «él» que había conquistado la superioridad orgánica e intelectual por sobre todos los seres! Así nació el nefasto prejuicio del hombre dominador, soberano del mundo, que hubo de enseñorearse de la vida toda del planeta, hasta llegar a cegar por su tendencia carnicera y homicida, algunas de sus nobles fuentes.

Apresúremos a decir que esta condición de superioridad, que él se ha abrogado gratuitamente y que le permite la libre detentación del mundo, sin más rivales que sus prójimos innobles, no es tal, porque si bien es verdad que el hombre representa en cuanto hace a su organización física y psíquica un ser «evolucionado», «evolución» no es sinónimo de «perfeccionamiento», siendo así que no tenemos aun criterio para poder hablar de perfeccionamiento, que debe entenderse tan solo como un concepto «a priori», es decir metafísico. Los mismos filósofos y naturalistas del siglo pasado, estuvieron imposibilitados para pronunciarse a este respecto. Y el gran Darwin, que fundamentó su célebre teoría del transformismo o de la evolución sobre el «perfeccionamiento de las especies», resultado de la lucha por la vida, no pudo tampoco indicar el valor absoluto de aquel concepto. Con todo, las mentes imbuídas de fanatismo, siguen filosofando a base del prejuicio antropocéntrico, el hombre centro del mundo, exagerándole hasta dar en la amplificación de hacer de la Tierra, que antes fuera el centro del mundo físico (sistema cosmogónico de Ptolomeo), el centro de la Vida, es decir el único mundo de entre las miriadas de millones que pueblan las etéreas playas de la inmensidad, en cuyos senos madre Natura hubiera alumbrado las formas organizadas! La Ciencia astronómica que ha logrado analizar los cuerpos celestes, averiguando su composición, su estado físico, su régimen climatológico, etc., y la Plasmogenia que ha realizado en el laboratorio las condiciones de la vida sin invocar para nada a las fuerzas extra-naturales, legitiman las inducciones geniales de los filosófos de la antigua Jonia, de Epicuro, Demócrito, Empedócles y otros, que hacían de la vida una corriente universal y eterna!

No pasa, pues, de un prejuicio vulgar la infeliz tentativa de resurrección del geocentrismo ptolemaico, que Alfredo Russel Vallace, el ilustre émulo de Darwin, creyó no habría de ser resistido en una época como la nuestra influída por la preocupación y el misticismo.

¡Y qué de preocupaciones no damos paso a diario! ¡Cuántos misticismos no están todavía apegados, incrustados, diríamos para emplear una expresión comprensiva aunque vulgar en los desvanes de nuestro cerebro, y cuántos otros que no osamos confesarnos, esperan allí como adormecidos para venir a la superficie al primer llamado, estrechando aún más de lo que está nuestro campo intelectual, donde prosperan lozanos los frutos amargos de veinte siglos de obscurantismo, de servilismo y de ignorancia, representados por el cristianismo. Este es en efecto, el gran proveedor de todas nuestras formas intelectuales inferiores, y también de nuestras concupiscencias, de nuestros egoísmos de todas las delincuencias larvadas, ocultas trás de la máscara de la pudibundez, de la hipocresía vil, y en fin, del régimen imperante que las sostiene y vivifica.

No de otra parte han salido esos otros dos prejuicios que sabemos avasalladores de las conciencias que blasonan de

libres: la muerte y la religión, los dos prejuicios, tienen un mismo aire de familia, como que son próximos parientes, monstruosos engendros de un fantasma al que el hombre ha tributado en todos los momentos de su existencia, a través de las edades fervoroso acatamiento: el «temor». Del temor del más allá han nacido todos los prejuicios que pretenden explicar el destino ulterior del hombre, después de la vida corpórea (como si por ventura existiera otra vida, que no ésta); del temor por lo desconocido, de la ignorancia de las causas determinantes de los fenómenos naturales y de su mecanismo, el nefasto prejuicio religioso, que hace del hombre el perpetuo esclavo de la divinidad-fantasma, sumiéndole impotente y manso, en la desgraciada condición de los miserables, ha podido hacerle víctima de todos los despotismos, de todas las tiranías, que le hicieron desde el primer momento doblar la cerviz a las exigencias, cruelísimas del altar y del trono. Por fin, en la lucha desigual, hasta la conciencia hubo de naufragar, rebajada a la ínfima categoría de una facultad desnaturalizada.

Es por esto, a la sombra del servilismo, que ha podido prosperar esa pseudo-organización de las sociedades, bajo el régimen del estado, de la que se ha hecho una «entidad», en recordación de los tiempos aquellos en que se discutía con la hoguera y los «in pace». El estado: si hasta parece un contrasentido que nos preocupemos de él, el estado que se organizó a beneficio de la ignorancia de los hombres y de su sumisión espiritual, porque de otro modo nos es imposible concebirlo, es un viejo, añejo prejuicio, un anacronismo nocivo, que si bien es cierto está fundamentado en la fuerza del militarismo, y son sus puntales maestros las milicias y las policías, no puede sostenerse ya sobre bases tan deleznables y ha de caer con gran estrépito su ya ruinoso edificio, toda vez que los hombres libres quieran hacerlo. El hombre no puede ser sinó amo de sí mismo.

Al lado del prejuicio estado, mantenido por la idea de autoridad, debemos reconocer otro no menos grande y de consecuencias en la historia de las civilizaciones: el prejuicio de las razas. Desde antiguo, los hombres han sido enemigos y rivales, no solo en base de esas formas corruptoras de la harmonía primitiva, que hubo de ser alguna vez, y que son la propiedad, la religión, la política, etc., y lo siguen siendo todavía, no solo por razón de las condiciones de existencia, sino por haberse afirmado entre ellos, hasta motivar odios irreconciliables y horrores indecibles, el prejuicio de las razas, por creerse que existen razas superiores e inferiores, y que estas naturalmente deben ser dominadas por aquellas. Sin entrar a discutir a fondo esta cuestión y resumiendo nuestro pensamiento, hemos de adelantar que no existen absolutamente diferencias en las cualidades raciales, y que si alguna vez la inferioridad efectiva de algunos pueblos nos sorprende, tal inferioridad no es esencial, sino aparente y circunstancial, dependiendo no ya de condiciones intrínsecas de tal o cual agrupación humana, sino de factores ambientes, y en especial manera de la evolución que el hombre ha impuesto a la marcha del mundo, por la conquista, la guerra, la dominación, en una palabra. O es que, por ventura, puede hablarse de razas inferiores, cuando la civilización de la brillante Europa, se encarga de mutilarlas sinó en inmensas cacerías, por el suministro sistemático de las armas, para que se maten y ultimen entre hermanos, los otrora amigos; de tóxicos y brevajes de la peor especie, sirviéndoles la disepación, la ruina física, presente y futura, en fin la degeneración, con el opio y los aguardientes más infames?

¿Cómo hablar, entonces de inferioridad racial?

Prejuicio no menos difundido y que no reconoce vallas ni fronteras, porque está alerta y domina en todos los lugares y momentos de nuestra existencia, es el de los sexos que estriba en considerar y por consiguiente, en creer a la mujer inferior al hombre, tampoco tiene razón de ser, aunque gustosas muchas mujeres estuvieran prestas a re-

conocer que van a la zaga de sus maridos, de sus hermanos, de cualquiera de sus prójimos.

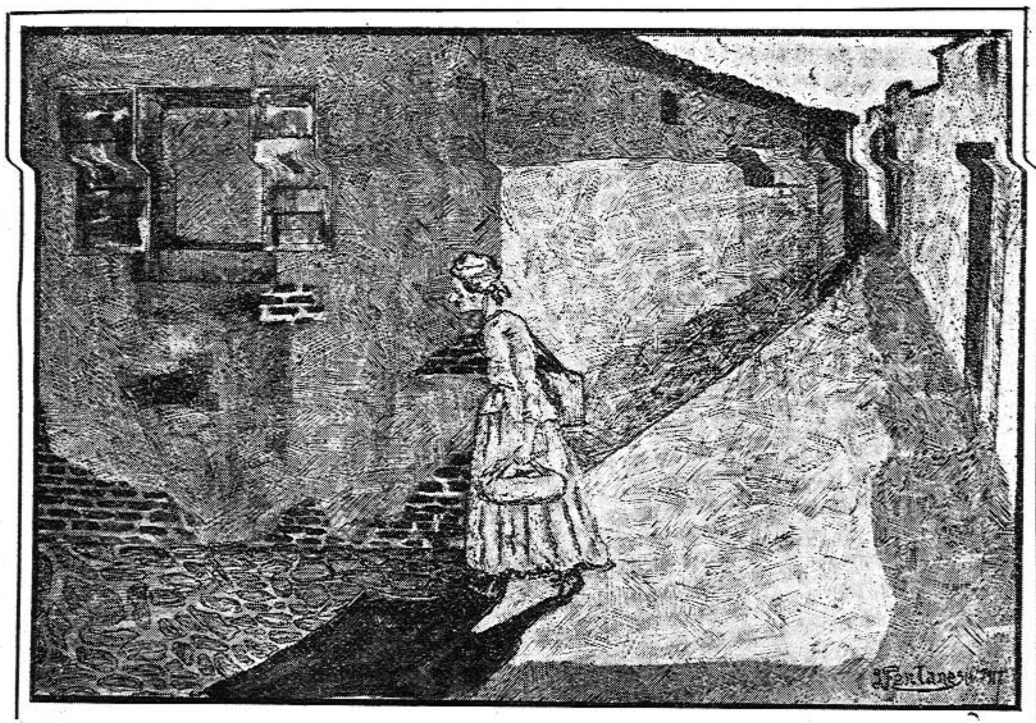
Ninguna prueba anatómica, fisiológica, ni antropológica, en una palabra, depone en favor de este preconcepto, que obsta como el que más, al advenimiento de la sociedad futura.

Hemos de repetirlo aquí otra vez: la mujer no es superior ni inferior al hombre, sino diferente, eso es todo. Y campeando por bajo de este gigantesco alcázar de la vanidad y estulticia humanas, brillante de horrores y de sangre, de vicios y de crímenes, de rebulosidades y de locuras, siempre a la vista, errantes en este inmenso horizonte del mal, más dilatado que los círculos del infierno dantesco, están los prejuicios menores; de la familia, del amor, de la enfermedad, de la moda, edad, condición social, etc., etc., apocadores del alma, que no puede ejercitar sus energías y dinamismos nobles y se sofoca en esta nauseosa atmósfera y no puede vivir en ella, si un acto de suprema rebeldía no la devuelve la paz que añora, si una reivindicación justiciera no colma sus anhelos, sin que un sacudimiento formidable, que la conmueva hasta sus raíces seculares, haga la justicia social.

M. G.

DE MIS TRISTEZAS

LA BUHONERA



He aquí una página que no debiera ser... Ella nada redime... No enjugará una lágrima, no crispará un puño en actitud vindicatoria, no despertará una conciencia. No encenderá la luz del pensamiento con la chispa de la idea; no llora, no increpa; no irá a golpear en las puertas infectas del tugurio para mos-

trar una lacia social, como tampoco gemirá las tristezas del hampa proletaria, ni odios ni venganza. El Dolor, esè dolor que es eterno en la humanidad, hoy cederá su puesto avanzado a el hermano sentimiento. Y por eso os hablaré de la buhonera. Una turca viejecita. La invoco a través de los comentarios de la tragedia europea. La conocí en la ocupación, ocupación idéntica en todos los de su raza, de la venta callejera de baratijas. En aquella casa se le había cobrado singular predilección. Y aunque nada se le comprara se le permitía descansar de sus correrías.

Es que imponía compasión aquella viejecita. La ví muchas veces allí. La ví en tardes ardientes de verano llegar agobiada bajo el peso abrumador de la mercancía, pareciendo imposible que resistiera tanta fatiga y, cuando ya aliviada del tremendo peso se sentaba y se le permitía quitarse el lienzo que, a la manera turca, llevaba en la cabeza, aquella cabellera nívea que en otro tiempo debió ser áurea, que como un enorme copo de espuma esparcíasele por los hombros y llegábale hasta la cintura, me imponía una respetuosa ternura compasiva.... ¡Cuántas veces suspendí mi trabajo para escuchar el relato conmovedor de su odisea!.. De sus invocaciones al Oriente donde anhelaba tornar y descansar eternamente... De la ingratitud de un hijo que la había hecho venir a esta América, donde aun se sueña con el vellocino de oro, pero que cuando los músculos en laxitud no corresponden a las exigencias del amo que nos posee somos abandonados sin compasión, tal como a ella le pasó... Sí, un hijo comerciante a quien ella no pudo servir como lo haría una persona joven y fuerte, habíase ido a establecer en la campaña, dejándola abandonada y sola en la ciudad sin acordarse más de ella, ¡su madre! Sin un solo socorro del hijo había pasado muchos meses de penurias, hasta que al fin unos compatriotas, buenas personas, que nada cobraban por darle cama y comida, algún trapejo y aun los botines que ellos desechaban por gastados, pero que sin embargo, y con todo de ser para hombre, ella usaba sin pisar en el suelo, o es decir por aquello, ellos le echaron un cajón al hombro todo lo grande y lleno que pudieran resistir sus espaldas y... a la calle todos los días, y todo el día corriendo la ciudad de norte a sur, de este a oeste, y así solía rendir buenas cuentas a sus protectores. Pero esto no era vida. Solamente quería volver a su país, donde tenía otros hijos, donde tenía nietecitos que, por lo mismo que eran pequeñitos serían buenos con élla, y en un rictus de esperanza conmovíase y dejaba escapar por sus labios un suspiro que iba a perderse talvez muy lejos... ¡Labios santos como de madre que un día, agradecidos a mi consuelo, posáronse en mi frente, humedecidos por el llanto de aquellos sus grandes ojos tranquilos y azules como lagos!

¡Cómo he amado a esta viejecita tierna e inocente!

Tenía una efigie de mater dolorosa.

Ante ella, ante su decrépita hermosura, yo he revivido toda la historia misteriosa y apasionada de las leyendas orientales. Cuentos de las mil y una noches, cámaras suntuosas llenas de exóticas decoraciones, jardines lujuriosos, bellas odaliscas abandonadas a las láscivias de cálifas y sultanes, patios árabes con surtidores y pisonados de corales, templos de ritos extraños, donde se apagan los pasos sobre las alcatifas, danzas sensuales, perfumes y abluciones, cantos y músicas raros, nombres le líricas reminiscencias, Bagdad, Stambal..., todo lo que tiene de exótico el oriente lejano lo he revivido a través de su dulce mirada.

...Y un día cumplió su suprema aspiración y se fué...

Y cuando allá llegó la tragedia mundial la envolvió con su manto de sangre. Su país devastado. Su pueblo en éxodo. Las hordas bárbaras, asesinas de armenios, arrasaron su casa y quemaron sus muebles. El Eufrates guardó en su seno aquel cuerpo que fué hermoso cuerpo, ya inútil para la lucha, y que había ido en busca de la paz..

¿Qué te valió, ¡oh noble anciana!,

tu decisión?

Guerra en los corazones aquí en América, guerra sorda hasta de tu propio hijo, y tú, víctima; guerra allá en tu país maravilloso, guerra de pueblos y hasta entre hermanos, y tú, sacrificada.

Tu destino doloroso levanta esta mi oración. ¡Oh humilde e inmortal!

Silva SERRANO.

Montevideo.

Nocturno familiar

Oh blanca inocencia...

Prolongan las veladas en la noche de fiesta
Los relatos amenos de un anciano labriego.
Y en tanto que se apagan los tizones del fuego
El abuelo dormita balanceando su testa.

Adriana que esa tarde no ha dormido la siesta
Se dirige a su alcoba procurando sosiego,
Y los rubios infantes, ya cansados del juego—
Improvisan un coro, tras cercana floresta.

... ...

Un gran sueño que abruma, las cabezas inclina...
Quedó trunca la historia del anciano labriego.
Un reloj da las nueve. La velada termina

Con súplicas humildes a la Virgen del Riego;
Luego, llaman por Liria, que en las noches tan bellas—
Entretiene sus ocios, en contar las estrellas...

Manuel de CASTRO.

TROVA

(Del libro «Evocaciones», de próxima aparición)

Como ombú solitario que se irguió en la llanura
desafiando las furias del pampero iracundo,
se destaca a lo lejos mi arrogante figura
de cruzado y altivo trovador errabundo.

No el perfume de rosas que el ambiente satura
hallaréis en la fronda de mi verso rotundo,
sino líricos tréboles de salvaje hermosura
de la selva encantada de mi númen fecundo.

Del viajero soy Norte de la vida en el llano,
y al conjuro atraídas del acento tirteano
de mi heróica y rebelde, inspirada canción,

Montoneras bravías de indomable pujanza,
con un canto en los labios y en el puño una lanza
marcharán al combate sobre alado bridón.

Mario Cataldo MARCIAL.

El Arte y la Delincuencia

Este trabajo se deberá al escultor Carselli, preso actualmente en Ushuaia, esa estepa de la Argentina que el gobierno otorgó para sufrimiento de los penados. «El arte y la delincuencia», es pues, por lo que valga o no valga, una deducción de hechos, que tiene su fundamento en los antros de reclusión. Y aunque el título de este artículo parezca presentar dos extremos, llegaremos, lector, a armonizarlos. Eso será nuestro propósito, o nuestra heregía para los que moralizan hasta en el terreno del arte.

¿Son dignos de nuestra atención de hombres que tienen libres las calles, los hombres que no puedan salvar las paredes de las cárceles? En primer lugar son hombres como nosotros, y en segundo, en cuanto a la libertad, no se es libre en absoluto en ninguna parte. Recuerdo que Barrett había dicho al vigilante custodio de una cárcel: el preso en medio de las cuatro paredes, es más feliz que tú, que vez los horizontes y te está vedado moverte. Y la delincuencia, es decir, la posición fuera de ley, ¿sería razón para que los releguemos a otra especie, algo deformada moralmente? Pero, y qué diríamos si al final de un corto análisis no halláramos sino delincuentes en los que viven libres, matando con hambre a los demás, lucrando con el dolor ajeno, explotando vilmente las miserias humanas? Delincuentes son en primer término los factores individuales de la delincuencia social. La sociedad al defenderse de los delincuentes no se defiende sino de ella misma.

El arte, como ejercicio de la belleza, no puede ser sino el bien. El bien y la belleza se complementan en el alma del artista y por lo tanto la conducen a una superior finalidad moral. De ahí que los peores enemigos del arte han sido siempre los mercaderes de toda laya, que a conciencia matan felicidades de vida; los que visten la animalidad brutal con oropeles de civilización, y los eternos conspiradores contra la libertad en beneficio de una autocracia moral o material.

El arte no es patrimonio de los usureros que regulan a su manera interesada, la balanza económico social. El arte no es cómplice ni medio de los peores crímenes encubiertos con muchas farsas de ley o de costumbre. Los usureros no están en las cárceles, viven defendidos de ellos con la misma usura. En cambio, el arte tiene su historia en las horas más tristes, pero más dignas del espíritu humano. Está en las cárceles como fuera de ellas, como ejercicio supremo de la belleza y el bien.

Dice un diario de la semana: «En el lejano presidio de Ushuaia, donde se halla purgando un delito de estafa, el presidiario Mateo Carselli o Marcial Arzac o Joaquín González del Pino o Luis Bonomi o Arturo Chiesa, español, de 32 años, soltero, que acaba de esculpir un monumento al indio. Para los que conocen al personaje el hecho no ha de causar mayor asombro. Se trata de un pintor que ha conquistado, no digamos celebridad, pero sí los galones necesarios para figurar en el catálogo de los maestros del pincel y del cincel».

He ahí el fundamento de este artículo.

La obra esculpida mide dos metros de altura por cuatro de pedestal, es decir, de una altura total de seis metros, y fué modelada con cemento Portland y arena, materiales de que ha surgido el monumento, representando un indio en actitud imperativa. La obra en conjunto, dicen, es una verdadera obra de arte, y será erigida para admiración de la capital fueguina. Mientras, Arzac, el artista, sigue en prisión, y seguirá hasta cumplir una pena de diez años por haber perpetrado varias estafas y ser reincidente.

¿Cómo ha caído Arzac, será un vulgar estafador, merece ser delincuente el creador de una belleza? ¿O es que la delincuencia tal como la entendemos no está reñida con el arte? No digo que

en nombre del arte se perdone eso que llaman «crimen», ni digo que la delincuencia sea erigida como moral de arte, pero entiendo que como Arzac, muchos delincuentes que sufren en las cárceles, no son peores que los delincuentes libres, y al contrario son mejores. La maldad no se hermana al arte porque la belleza es la expresión del bien.

Como la flor del Loto, enciende su blancura inmaculada sobre el lodo que la alimenta, ha florecido el arte del cincel de Arzac, en medio de los que por fatalidad o como víctimas, llenan él presidio de Ushuaia. El no es sin duda, el primero que nos revela esa flor. Cuántas veces no hemos hallado sorpresas confortantes en el alma misma de los criminales? Y digo confortantes porque, qué más quisiéramos que esa prueba de que el hombre no es malo por naturaleza, no ha nacido con moral de depravación fija en el cerebro, o en el alma? Pienso que la herencia fisiológica, y esto quedará para el criminólogo, juega su menor papel en este caso. Pero, no juzguemos, antes de haber penetrado en el alma del artista delincuente. Por una amable casualidad, un amigo del artista, ha traído hasta mis manos la copia de una carta, por demás interesante. Es la carta con que Arzac contestó a las preguntas de un conocido escritor argentino. La publicaremos con autorización del amigo del penado, poseedor de la copia.

Dice la carta:

... ...

Los motivos que me han conducido aquí no son como los que se atribuyen a todos los hombres que vegetan en estos antros: desorganización psíquica. Como a muchos de ellos: desorganización económica, efectos lógicos de la sociedad impasible. Y, voy a demostrarlo.

... ...

Tengo 25 años, argentino. Mi jornada de Valjean empieza así: Hijo de padres pobres, antes que a la escuela se me sometió a la lucha por el pan.— Mi padre era pintor, con él trabajaba. —A esa edad (12 años) motivé a mi padre el concepto de bandido. Y, tan miope el autor de mis días, me dijo: «Voy a encerrarte en la Correccional para que te corrijas, de allí saldrán a los 22 años, con oficio y todo, un hombre útil a la sociedad y a tí mismo». En efecto, así lo hizo y me encerró en esta cárcel que en aquella época era Correccional de menores.

Como en todo establecimiento donde están hacinados los individuos, esto no era sino una escuela del vicio, un foco de corrupción, un martirologio máxime cuando la dirección estaba a cargo de los ministros de Dios.—Arrojado aquí en toda la virginidad de mi espíritu, y al contacto de chicos y grandes ya avezados al delito, etc., pronto se amoldó su espíritu al ambiente. Contagio de aquella epidemia, fueron los conocimientos que adquirí y que más tarde, abandonado tuviera que llevar a la práctica con los resultados que ya se sabe: proceso, condena.

Mi padre me conceptuó bandido, quizá por travesuras propias de mi edad, por «rabona» al trabajo, por contestaciones rebeldes, y para corregirme me encerró aquí, donde la pretendida corrección degenera en corrupción. Primer paso: el caló; hablar con los dedos y sucesivamente, cómo se hurtaba, cómo se vivía por ahí libre de la tiranía de los padres, del colegio, del trabajo, en fin de todo gobierno. Con estas lecciones y otras de estos ministros que llegaban al martirio y a otras cosas que la pluma se resiste a descubrir... ¿Qué podría ser de mí al verme libre? ¿Sin hogar, sin techo y sin pan?

Vagar por las calles: del diario a los mercados, plazas, estaciones, en busca de pan y luego a la noche, el delito: el hurto para apagar la voz del estómago. Ese es el prólogo. Me ví libre y consecuencias de esos pasos fué el hurto y consiguiente proceso y condena de la ley, de los jueces y de la Sociedad. Cumplida mi condena con los bolsillos vacíos y quizá sin bolsillo, porque todo preso sale semi desnudo, salí para continuación de mi jornada: al azar.

He aquí, la obra de mis padres, de estos asilos de reforma, de los jueces y de la Sociedad. Hoy, lo comprendo así, y lo expreso.

... ...

Durante los intervalos de mi reclusión y al par que a mi espíritu se contagiaba el vicio, mi vocación al dibujo y a la lectura me hicieron aprovechar las lecciones que en medio del verduguismo se otorga a los que como yo, quieren aprovecharlas. El corazón y la cabeza hacia diferentes horizontes se reconcentraron con el curso del tiempo y no sé que influencias a un punto solo: cambiar de vida.

Efectivamente, y sin la ayuda de nadie, al cumplir una condena cambié de vida. Trabajaba. iba de noche a la academia, y por ese gran amor al estudio infundido quizá por la lectura de algún autor.. eché un velo sobre mi pasado, y fuí otro... Inauguré un tallercito de dibujo: una salita. Allí trabajaba haciendo retratos, reproducciones, etc.... Así seguí siempre solo por temperamento. No tuve nunca una mano indicadora, en fin, que me indicara a obrar de tal o cual forma. Lejos de mi familia ingrata que me despreciada y me desprecia como si viera en mi frente el estigma de mis procesos, no tenia más voces amigas que las de mis clientes. Luego aburrido y fatigado, cerré mi taller y me empleé en la «Patria Italiana» como fotograbador ganando 330 pesos. El gremio me conoció y trató, hasta que una voz, la de XX, me señaló como un ex pensionista de la cárcel!! Se me despidió entonces, y avergonzado y despreciado me retiré de esta capital!!»

Sigue en la carta el relato. Va de la capital a una ciudad donde toma un empleo como fotógrafo de un diario y a la vez como profesor de dibujo de una academia. Pero le aconteció luego lo que en el anterior diario. Un teniente que había estado preso con él hizo público su pasado y por lo que el público que le rodeaba se alarmó. Fué a otra ciudad: otra salita en forma de academia. Allí se origina la cãusa de su actual situación, y dice:

«...Como aquel pensador: «La justicia castiga a tres meses por hurto, la opinión a perpetuidad».

...A esta altura del camino se interpuso lo que es el sueño de toda alma: la mujer. Más que amor fué adoración lo que sentí por ella. Luego se me imponía casamiento y plazo! Mi estado pecuniario, contrastaba con la categoría de toda su familia, ante la imposición esta y el temor de un nuevo teniente y la hecatombe de mi último y más sagrado sueño, ¿qué debía hacer?... En esta altura nace la causa de mi detención. Y más: el motivo para el psicólogo. A esta altura, repito, soy acusado por la casa Gath y Chaves de haberle pagado ropas por valor de mil y pico de pesos con un cheque falso.

... ...

Luis Bonomi.

Prisión Nacional, junio 24 de 1912.

Ahora ¿necesitaríamos publicar comentarios? No. Esta carta es por sí sola suficiente para condenar no al artista sino a los factores de la delincuencia de que es culpable la sociedad. Esta carta, cuya publicación me piden los amigos del artista como forma mejor de reivindicarlo ante los condenadores vulgares, lleva una profunda filosofía de la vida. Y una vez más repitamos la verdad: los verdaderos delincuentes están fuera de las cárceles.

Terminaría aquí este artículo, si otro artista, de parecida índole histórica no me obligara a continuar: Alberto Arana. Este es un poeta. Un poeta en cuya alma vibra una música de altivez, de sombras y decepciones. Llenó un cuaderno en la cárcel con versos como este:

«De la roca a la ola»

«Ola soberbia: ¿en mi frente
Como un castigo estrellarte?
No. Con tu espuma vehemente
A mis pies has de humillarte
Sin escupirla en mi frente.

Soy de cóndores asiento
—Azul, alas y arrebol—
No vivo a merced del viento
Sino a los besos del sol.
... ...

Así la roca decía
A la trágica inconsciente
¡y érase un bardo doliente
contra la chusma bravía!»

El mismo tiene estrofas de anatema para los que en la vida ejercen de traidores. A uno que fué amigo suyo le dice finalizando:

«Al servicio del grillete
Que ayer amarró tu pié,
Llevas la corona de
Empedernido alcahuete,
Sobre tus obras, ariete;
Es lo más bajo a que asisto
Pues siempre más noble he visto
El sacrificio cruel
De Caín matando a Abel
Que Judas vendiendo a Cristo.

De este poeta podríamos reproducir bellas páginas. Este también ha sido un delincuente de esos que tienen su historia como Arzac llena de factores que determinan a delinquir. Como Arana, vivió también otro poeta, Cepeda. Hay una pleyade surgida de las cárceles, rebelde y pensadora.

El arte, preguntemos ahora, ¿puede conducir a la delincuencia? Nó. La delincuencia, ¿puede ser un camino del arte? No. El ejercicio de la belleza es el ejercicio del bien y los peores delincuentes no están en las cárceles, sino libres, fomentando la delincuencia.

Leopoldo Ramos GIMENEZ.

Buenos Aires, Mayo de 1917.

La evolución musical y los seres vivos

Para estudiar la evolución musical, podríase tomar un objeto mejor definido que el espíritu musical: la orquesta, actualmente comparable a un enorme y poderoso animal.

La sucesión de los diferentes estadíos embrionarios, demuestra que el sér vivo es al principio indeterminado. No tiene todos los órganos a la vez; le faltan algunos, o están apenas esbozados. El individuo se forma poco a poco, yendo de lo simple a lo compuesto, de lo homogéneo a lo heterogéneo.

La orquesta, conoció en primer término, el estado indeterminado; entendiendo por esto las Colecciones del siglo XVI, de cantos, danzas en cuatro partes, «para cantar» o «para tocar», o bien para lo uno y lo otro, pero sin suministrar indicación precisa de los instrumentos que el compositor tenía en vista: «Para toda clase de instrumentos», dicen a veces, los sub-títulos.

En los siglos XVII y XVIII, aparece la especialización funcional, pero no todas las partes de la orquesta están escritas, algunas son «ad libitum». El compositor se preocupa, sobre todo, después de haber hallado el tipo del instrumento, para acompañar al cantante, de establecer un bajo. Sobre cada una de las notas de este bajo, deben apoyarse los acordes; pero se limita a representarlos con números y el clavicordista, colocado en el centro de la orquesta, es el que desempeña esta función. Es algo así como una substancia sin textura determinada, pero que puede originar nuevas células.

Uno de los creadores de la Opera, Caccini, advirtió en el encabezamiento de su «Euridice», (1600), que en el bajo ha señalado los acompañamientos de cuarto, de sexto y de séptimo, los tercios mayores y menores, pero que para «las voces centrales, necesarias en ciertos lugares, se remite al gusto y al juicio del ejecutante».

Gluck mismo, que representa un período de madurez, no se dá siempre el trabajo de anotar todo lo que debe decir la orquesta o de mencionar con precisión a cual instrumento concede la palabra. Cosa apenas creíble, hace notar la señorita Pelletan, en su edición de «Ifigenia en Aulide», el copista debía componer por sí mismo, según las partes de los instrumentos de cuerda, las de los instrumentos de viento. Gluck escribió a veces, las partes de los pri-

meros violines, sobre la línea de los segundos; escribió en la doble octava alta de los bajos, los altos que deberían estar al unísono; o todavía, olvida el tono de los coros; escribe una parte, sin decir si es una flauta, un oboe ó un clarinete, los que deben entrar en función; escribe en la línea de los contrabajos, algunas importantes notas para los bajos, etc.

Una orquesta semejante, es muy comparable a un recién nacido, cuyo esqueleto y cuyos órganos no están enteramente formados. Se sabe bien que hoy no pasa nada semejante. El compositor no deja ningún detalle por definir: las menores modalidades de la ejecución, están indicadas minuciosamente. La orquesta ha llegado a ser un adulto, en posesión de todos sus órganos, netamente diferenciados.

El número siempre creciente de las fuerzas que pone en acción la orquesta, constituye también un tipo de evolución.

Sabemos, de diversos documentos, que la orquesta de Juan Sebastián Bach, se componía de 16 cantantes y apenas de 20 instrumentistas. La de Haendel, formada según el mismo plano, llegaba a tener 32, ejecutantes. Burney, escribía en 1770, que en la iglesia de Padua, habían 40 músicos, de los cuales 16 cantantes. Este caso especial, permitía concebir el uso medio. Para la música profana, la orquesta no parece haber pasado, durante el siglo XVIII del número de 50 ejecutantes, manteniéndose más bien, siempre por bajo de esta cifra. Hoy, dicho número ha aumentado como las dimensiones de las salas, como la afluencia de los auditorios y la riqueza de la «mise en scéne». R. Wagner necesitó 110 músicos, y Berlioz quería 800!...

Desde el punto de vista técnico, la evolución de la orquesta, resulta todavía interesante. Antes—, en el período que precede a las mejores óperas de Gluck,— los instrumentos no funcionaban como hoy para la gran masa; estaban divididos en tipos que intervenían el uno después del otro. Para el acompañamiento de las voces y para cada número de su misa en «sí» menor, Bach elige el instrumento que más le parece apropiado; y durante toda la ejecución de la pieza, este instrumento queda en el primer plano, sin tener, por lo común, otro apoyo que el del bajo. Así, el «Corno da caccia», (cuerno de caza) que acompaña el «quoniam» de esta misa, solo aparece en este trozo; lo mismo ocurre con la viola de amor, el oboe y el bajo, los cornetes, los trombones, la trompeta y los otros timbres que, conforme con su papel y no simultáneamente, son puestos de relieve. Cuando se piensa en la plenitud de la orquesta moderna, se vé que la evolución se ha efectuado no tan sólo hacia el poder, el brillo, la riqueza y el color, sino también hacia esa unidad que permite al ser vivo, dotado de facultades solidarias, tener conciencia de todo lo que es.

Agregaré que en el dominio musical como en los seres vivos, es difícil no comprobar una «lucha por la vida». Entre los compositores que escriben, los «virtuosos» que ejecutan, los maestros que enseñan, los guitarreros que fabrican, — entre las formas mismas del arte, sea en el mundo profano, sea en el religioso — la concurrencia es tan viva cuanto ininterrumpida. En todos los tiempos, siempre ha habido conflictos de talentos desigualmente adaptados, conflictos de escuelas, conflictos de teorías, conflictos de géneros. La sinfonía ha suplantado a la música religiosa; y la ópera está en camino de matar a la sinfonía. En música, como en todas partes, triunfan los más fuertes, para empezar en seguida la lucha y sucumbir a su vez; que así y no de otra manera, se produce la evolución.

C.

Los bueyes van al matadero, nada dicen, nada esperan; pero al menos no votan por el carnicero que los deba matar, ni por el burgués que los deba comer. Más bestia que las bestias, más buey que los bueyes, el lector nombra sus carniceros y elige sus verdugos. ¡Y que haya hecho revoluciones para conquistar este derecho.

Elíseo Reclús.

PENSAMIENTOS

El Estado, como cuerpo político, no puede tener una religión, porque no siendo una persona individual carece de conciencia propia.

Bernardino RIVADAVIA.

A veces un gran destino está dormido y viene el dolor y lo despierta.

ALMAFUERTE.

DE ADMINISTRACION

A todos los que reciban la revista y estén conformes con ella, se les pide que a la brevedad posible remitan el importe de suscripción, pues no contamos para sacarla nada más que con la voluntad de los lectores.

A fin de facilitar el orden administrativo, se pide a los compañeros del interior que al hacer pedidos y remitir valores lo hagan directamente a esta administración.

El Administrador..

Publicaóiones recibidas

Han llegado a nuestra mesa de Redacción las siguientes publicaciones, con las cuales establecemos gustosos el canje:

«La Protesta», Buenos Aires; «La Batalla», Montevideo; «Humanidad», Río Salado (Santiago del Estero); «La Rebelión», Rosario; «Prometeo», 25 de Mayo; «Voces Proletarias», Campana; «El Hombre», Montevideo; «El Imparcial», Campana; «T. V. O.», Capital; «Ideas», Capital; «El amigo del Pueblo», San Fernando»; «Gaceta Médica del Sur», Granada, (España); «Mar y Tierra», Valparaíso, (Chile); «Pluma Rebelde», Iquique, (Chile); «La Palestra», Buenos Aires.

IMPORTANTE

A los suscriptores y a los que deseen suscribirse desde el 1.o número, le avisamos que después del primer trimestre reimprimiremos el primer número actualmente agotado y «serviremos» todos los pedidos que se nos haga.

Otra. — A los que no les llegue la revista deben reclamar en el correo, pues nosotros envíamos a todos los suscriptores con puntualidad.

AVISO

La falta de espacio, nos impide hacer la crónica de los últimos estrenos, lo que dejamos para el número próximo.

NOTAS

La dirección de «Alborada» admite colaboraciones para las diferentes secciones de la revista.

Toda obra que se remita por duplicado a la dirección de «Alborada», será objeto de un análisis bibliográfico.

La administración de «Alborada» solicita canje con las publicaciones que lo deseen.

ALBORADA

Revista qnincenal de ciencias, sociología, literatura y arte.



Suscripción por trimestre $ 1.00
Número suelto 0.20



Correspondencia: MERLO 2488